
T a L ◆ C U a L

MI NOMBRE ES
SOMBRA

GONZALO SUÁREZ

ALMA **PLOT**

Propuestas del autor previas al rodaje

Frecuentemente se habla de Jekyll y Hyde como una historia que ilustra el tema de «El doble». Es un error. Hyde no es el doble de Jekyll. Sino otro. El Otro.

Esa es la razón por la que he optado por utilizar dos actores. Uno se convertirá en otro. Así evitaremos, por primera vez, el ejercicio histriónico de transformación de un actor en una especie de monstruo irreconocible y a menudo grotesco.

Otro malentendido sobre J. y H. de Stevenson consiste en creer que se trata de una historia sobre el Bien y el Mal. Pero Hyde no es el mal, ni desde luego, Jekyll representa el bien. Por el contrario. Su idea de separar su lado pretendidamente bueno del lado pretendidamente peor, es una hipócrita estrategia cuya finalidad es la impunidad. Poder dar curso a sus ocultos instintos sin ser reconocido.

El comienzo de la película estará impregnado de naturaleza: la lluvia, el oleaje, las rocas. La película acabará en el mismo lugar, concediendo así a la naturaleza la primera y última palabra.

El descubrimiento de El Otro sobre una roca nos proporcionará la impresión de que el personaje forma parte de la piedra. Convertiremos al actor en una gárgola de Notre Dame. Una gárgola en el mar.

Puesto que el tema es la naturaleza humana, aplicaremos a la narración una cadencia de oleaje. La estructura se desprenderá de impulsos pasionales. La calma resultará amenazadora, la tempestad liberadora. Esta continua fluctuación dejará sentir su influjo y reflujos sobre las secuencias, tratando de conmover no sólo por la historia sino por la pulsión de las imágenes.

Seguiremos pautas de jazz, donde el tema se reitera para apuntalar la deriva y el desgarrar, melancólico o feroz, de la trompeta. Este tipo de emoción musical nos hará transitar por la película a tenor de la historia, cuyo desarrollo tendrá lugar en los años cincuenta.

Se evitará en las transformaciones el recurso de la truca o la utilización de ordenadores, y se realizarán de una forma artesanal y poética que considero más sugerente. Reflejos en cristal o en el agua, sombras expresionistas. Oscilaciones de ramas movidas por la brisa sobre los rostros de los personajes o en la fachadas y paredes. Espuma de olas reabsorbidas por la arena. Todo ello impregnará a la imagen de soterrada sensualidad.

La noche no será azul, sino rojiza. Un cierto tono arcilloso, una cierta reminiscencia de azufre, matices que nos remitan a un infierno húmedo donde los espíritus de los personajes arden con fuego interior.

Los personajes

Doctor Beiral

Jekyll es Beiral. Famoso doctor con ciertas tendencias inconfesables que de ser descubiertas hubieran destruido su reconocida honorabilidad.

Dejemos que él nos hable de sí mismo:

«Me esforzaba en rechazar todo sentimiento que dejara entrever humanas debilidades. Reconvertía mi soberbia en modestia, mi riqueza en humildad. Impartía consuelo a los enfermos, visitaba a los desheredados de la fortuna, sin alardes de generosidad. Imprimía a mis gestos y palabras una serenidad que enmascaraba mi insaciable avidez, mi secreta indignidad. La perfección de mi disfraz dotó de nobleza a mis rasgos. Y así fue cómo el ser tan largo tiempo reprimido en mi interior, cobró forma antes de que yo, imprudentemente, le diera libertad».

Ese ser es Hyde. Le llamaremos Señor Sombra.

Señor Sombra, El Otro

El Otro es Hyde. Diferirá sin embargo del personaje de Stevenson y de las sucesivas representaciones cinematográficas en que su aspecto no será simiesco ni su caracterización monstruosa. Su tez grisácea, sus rasgos pétreos, su silueta encorvada como la de una gárgola gótica, alternará con un aspecto normal, joven y atractivo.

Su propuesta al doctor Beiral le define: «Nadie te reconocerá. Tendrá la cara de tu alma, y tú la de tu espejo. Tendré el cuerpo de tus pasiones y tú el de los salones. Acometeré por ti todas las turbias acciones que el instinto dicta a tu cerebro y que pudren tu corazón. Seremos dos. Yo abyecto y tú impecable».

En realidad nuestro Señor Sombra no es consciente del Bien y el Mal, ni siquiera de la trasgresión, sino simplemente es libre e inocente. El auténtico «malo» de la película es, sin duda, el farisaico doctor Beiral.

Florence

Es una mujer bella y orgullosa. En su interior, se acusa de ser fría e inexperta. Pretende encontrar en la pintura el sentido de su vida. Tiene miedo del tiempo que

pasa y del doctor Beiral. Intuye un secreto que la separa inexorablemente de quien se convertirá en su marido. Sobre todo cuando, de forma inevitable, se encuentra con El Otro y se siente inexplicablemente atraída.

En el transcurso de la película tendremos la impresión de que Florence se anticipa con su intuición femenina a la revelación final. Eso pone de relieve su excepcional inteligencia y también nos sugiere que tras su aparente vulnerabilidad oculta un carácter fuerte y decidido.

Mary

Alocada y pizpireta, sensual y coqueta, lista e ingenua al tiempo. Se entrega con desaforada alegría a las perversiones de El Otro y se descubre a sí misma en un acelerado proceso de iniciación. Ella lo encuentra todo natural. Es incapaz de escandalizarse. Probablemente asume con alivio la desaparición de su marido que le proporciona una despampanante libertad.

La amoralidad desconcierta al Señor Sombra y convierte en irrisorios sus alardes de fauno perverso.

Padre del doctor Beiral

La vida le ha degradado. Se ha dado al alcohol acelerando los estragos de la edad. Sufre alucinaciones nocturnas, le tiemblan las manos, ha perdido vista y memoria, pero es todavía capaz de hablar con lucidez cuando la circunstancia lo requiere: «No supuse que la vejez fuera tan humillante», dice a su hijo, «y no siento compasión por mí, sino miedo por ti. Por primera vez, desearía que... ¡nunca llegarás a ser como yo!».

Crane

Reconocido retratista que probablemente está secretamente enamorado de Florence. Sublima su deseo dándole clases de pintura. Se muestra exigente y pretende que el retrato que Florence le hace al doctor nos muestre la verdadera naturaleza oculta bajo la apariencia. Su ambición artística, extrapolada a Florence, será su pérdida: «Quiero que la mirada confíe en la mano en el pincel, y que los trazos y colores nos hagan olvidar esa estúpida fotografía que sólo nos muestra lo que él pretende ser».

MI NOMBRE ES SOMBRA

Gonzalo Suárez

ROCABRUNO S. A.

Gta. López de Hoyos, 5. 5º.

28002 Madrid

Sexta Versión

1 de agosto de 1995

SEC. 1. CARRETERA JUNTO AL MAR. EXT. NOCHE.

Tras el cristal batido por la lluvia y barrido por los limpiaparabrisas, los rostros fluctuantes de JUAN y MARY escrutan asustados la oscuridad. El coche surca la noche, junto al mar.

MARY

Te odio.

JUAN, aferrado al volante, esforzándose en adivinar el curso de la angosta carretera, no responde. MARY le observa de soslayo, con creciente irritación.

MARY

Me das asco.

JUAN sigue concentrado, tratando de taladrar con la mirada la cortina de lluvia trepidante.

MARY

Me gustaría verte muerto.

JUAN

Te recuerdo que viajamos en el mismo coche. Si no te callas, nos mataremos los dos.

MARY

No me importa.

JUAN

A mí sí.

Algo, un pájaro o una rama, va a estrellarse contra el cristal parabrisas.
MARY lanza un grito.

MARY
¡Cuidado!

IUAN
Cref que no te importaba morir.

MARY
¿Qué ha sido?

IUAN
No lo sé.

MARY
Parecía un pájaro.

IUAN
Era una rama.

MARY
Para.

IUAN
No puedo.

MARY (exasperada)
¿Por qué?

IUAN
Si toco el freno, nos vamos al mar. No veo nada.

MARY
Pues pon las largas.

IUAN
Es peor.